

Todo esto no eran casualidades, hechos notados; eran visiblemente partes de un gran sistema, bien concebido, seguro de triunfar, que se desarrollaba poco. ¿En qué confiaban el extranjero, el emigrado y el cura, sino en la traición?

¿Y el punto central, el nudo de la gran tela tejida por los traidores, dónde colocarle? ¿dónde se sostenía, para emplear la enérgica expresión de un autor de la edad media, el peligroso tejido de la universal araña? ¿dónde si no en las Tullerías?

Y ahora qua las Tullerías eran heridas por el rayo, el trono destruido, el rey cautivo y arrojado al polvo, alrededor mismo de la torre del Temple venía á reanudarse la tela hecha girones; la red se formaba de nuevo. Al conocerse la noticia de que Longwy se había entregado, reuniones de realistas se celebraron alrededor del Temple, uniéndose á la familia real en una alegría común y saludando juntos el feliz éxito del extranjero.

El 10 de Agosto no había quitado nada á las fuerzas del enemigo. Setecientos suizos habían perecido, pero la masa de los realistas se mantenía oculta y en armas. Sin hablar de una parte muy considerable de la guardia nacional, comprometida para siempre por la monarquía, París estaba lleno de extranjeros, de provincianos, de agentes del antiguo régimen ó del extranjero, de militares sin uniforme, más ó menos disfrazados, de abates por ejemplo, cuyo aire guerrero y figura marcial desmentían su hábito. La misma Inglaterra, nuestra amiga, tenía aquí, en aquella época innumerables agentes, pagados y no pagados, muchos espías honorarios que venían á ver y á estudiar. Uno de estos ingleses que vivía hacia el año 1820 me lo refirió. El hijo del célebre Burke escribía á Luis XVI una frase profundamente verdadera: «No os inquietéis; Europa entera está por vos y la Inglaterra no está contra vos.» Mostrábase favorable al rey, á medida que la monarquía era la enemiga de Francia.

Así Luis XVI, destronado, caído, hasta en el mismo Temple era formidable. Había perdido las Tullerías y conservaba Europa; todos los reyes eran sus aliados y Francia estaba sola. Los curas eran sus amigos, defensores y abogados en todas las naciones; todos los días se predicaba por él en toda la tierra, se le daba el corazón de las poblaciones crédulas, se le hacían soldados y enemigos mortales de la Revolución. Podía apostarse ciento contra uno á que no perecería (la cabeza de aquel rehén era demasiado preciosa), pero que Francia perecería, teniendo poco á poco contra ella no solamente á los reyes, si no á los pueblos, cuyo sentido se pervertía. La historia no guarda recuerdos de pueblo alguno que haya entrado tan allá en el camino de la muerte. Cuando Holanda al ver á Luis XVI á sus puertas no tuvo otro recurso que inundarse y ahogarse á si misma, estuvo en menos peligro; Europa estaba en su favor. Cuando Atenas vió el trono de Jérges sobre la roca de Salamina, perdió tierra, se arrojó á nadar y no tuvo más que el agua

por patria, fué menor el peligro en que se halló, estaba toda sobre su flota, poderosa, organizada, en manos del gran Temístocles, y no tenía la traición en su seno.

Francia estaba desorganizada y casi disuelta, traicionada, entregada, vendida.

Y precisamente en aquel momento en que sintió sobre sí la mano de la muerte, suscitó por medio de una violenta y terrible contracción, un poder inesperado, hizo salir de si misma una llama que el mundo jamás había visto, llegó á ser como un volcán en ignición. Toda la fuerza de Francia se hizo luminosa y en todas partes surgió como un impulso de heroísmo que surgió y relumbró en el cielo. Espectáculo verdaderamente prodigioso, cuya inmensa diversidad desafía y hace imposible toda descripción. Escenas como aquellas se escapan al arte por su excesiva grandeza, por una multiplicidad infinita de accidentes sublimes. El primer movimiento impulsa á escribir, á comunicar á la memoria aquellos heroicos esfuerzos, aquellos impulsos divinos de la voluntad. Cuanto más se recoge, más se relata y más se encuentra que referir. Viene entonces el desaliento, la admiración sin agotarse, se cansa y se calla. Dejemos aquellas grandes cosas que nuestros padres hicieron y quisieron hacer por la libertad del mundo, dejemóslas en el depósito sagrado en el que nada se pierde, la profunda memoria del pueblo, que hasta en las aldeas guarda su historia heroica, confiémoslas á la justicia del Dios de la libertad, del cual fué Francia el brazo en aquel gran día y que recompensará estas cosas (esta es nuestra fe) en los mundos ulteriores.

¿Quién creería que, ante esta escena admirable, espléndidamente luminosa, Europa haya cerrado los ojos, que no haya querido ver tantas cosas que honran para siempre á la naturaleza humana y que haya reservado y fijado su atención sobre un solo punto, una mancha negra de lodo y de sangre, la matanza de los prisioneros de Septiembre?

¡Librenos Dios de disminuir el horror que aquel crimen ha dejado en la memoria! Nadie seguramente lo ha sentido más que nosotros; quizás nadie ha llorado más sinceramente á aquellos mil hombres que perecieron, que casi todos habían hecho en su vida mucho mal á Francia, pero que con su muerte la hicieron un mal eterno.

¡Ah! pluguiera al cielo que viesen aquellos nobles que llamaban al extranjero, aquellos sacerdotes conspiradores, que por el rey, por la Vendee, ponían ante los pies de la Revolución el obstáculo secreto, pérfido en que debía chocar con la inmensa efusión de sangre, que aun no ha acabado. Los tres ó cuatrocientos borrachos que los mataron han hecho por el antiguo régimen y contra la libertad más que todos los ejércitos de los reyes, más que la misma Inglaterra con todos los millones que gastaron sus ejércitos. Aquellos idiotas han elevado la montaña de sangre que ha aislado á Francia, y que en su aislamiento la ha forzado á buscar su salvación en los medios del Terror. Aquella sangre de un millar de culpables, aquel crimen de algunos centenares de hombres, ha

ocultado á los ojos de Europa la inmensidad de la escena heroica que nos valía entonces la admiración del mundo.

¡Vuelva al fin la justicia, después de tantos años! y confiésete que, en toda nación, en el fondo de toda capital, existe siempre ese lodo sanguinario, el elemento cobarde y estúpido que en los momentos de pánico, como lo fué el de Septiembre, se hace muy cruel. Lo mismo hubiera ocurrido en Inglaterra, en Alemania y en todos los pueblos de Europa; su historia no es estéril en matanza. Pero lo que la historia de ningún pueblo presenta en tan alto grado, es la asombrosa erupción de heroísmo, el inmenso impulso de abnegación y de sacrificios que entonces presentó Francia.

Cuanto más se sondee aquella época, cuanto más seriamente se investigue lo que verdaderamente fué el fondo general de la inspiración popular, más se hallará en realidad que en modo alguno fué la venganza, si no el sentimiento profundo de la justicia ultrajada, contra el insolente reto de los tiranos, la legítima indignación del derecho eterno. ¡Ah! cuánto desearía poder presentar á Francia en aquel día grande y sublime. Es muy poco ver París; quisiera que se pudieran ver los departamentos de Gard, de la Haute-Saone y algunos otros, todos alzados en ocho días y lanzando cada uno un ejército para ir contra el enemigo. Los ofrecimientos particulares eran innumerables, muchos excesivos. Dos hombres por sí solos armaron y equiparon cada uno un escuadrón de caballería. Varios dieron todo lo que tenían. En una aldea no lejos de París, se vió cuando se levantó la tribuna para hacer el alistamiento y recibir las ofrendas que toda la aldea se ofreció y que aportó la enorme suma de trescientos mil francos. Cuando el aldeano se decide á dar su dinero, no regatea su sangre, la dá, la prodiga. Hubo padres que ofrecían á todos sus hijos, y creyendo no haber dado aun bastante, se armaban y partían ellos tambien.

Los donativos llovían en la Asamblea en medio de las fúnebres escenas de Septiembre. ¿Por qué pues, no se recuerda de aquellos días más que un solo hecho, un hecho local, el de los asesinatos? ¿por qué no recordar que son dignos de memoria, por el heroico impulso de un gran pueblo, de tantos millones de hombres, por mil hechos conmovedores y sublimes?

París presentababa el aspecto de una plaza fuerte; hubiérase creído estar en Lille ó en Estrasburgo. En todas partes consignas, precauciones militares, á decir verdad prematuras, puesto que el enemigo se hallaba aun á cincuenta ó sesenta leguas. Lo que era verdaderamente más serio y conmovedor, era el sentimiento de solidaridad profunda, admirable, que en todas partes se revelaba. Todo el mundo se dirigía á todos, hablaba, rogaba por la patria. Todo el mundo se hacía reclutador, iba de casa en casa, ofrecía á aquél que podía partir armas, un uniforme, lo que tenía. Todo el mundo era orador, predicaba, pronunciaba discursos, entonaba cantos patrióticos ¿Quién no era autor en aquel mo-

mento singular, quién no imprimía, quién no anunciaba? ¿Quién no era actor en aquel gran espectáculo? Las escenas más sencillas, en las que todos figuraban, se representaban en todas partes, en los teatros, alistamientos, en las tribunas en las que se inscribía, todo era cantos, gritos, lágrimas de entusiasmo ó de despedida. Y sobre todos estos ruidos sonaba una gran voz en los corazones, voz muda y tanto más profunda, cuanto que era la voz misma de Francia, elocuente en todos sus símbolos, patética en el más trágico de todos, la bandera santa y terrible del *Peligro de la Patria*, izada en las ventanas del Hotel de Ville. Bandera inmensa, que flotaba á los vientos y parecía hacer señales á las legiones populares para que marcharan apresuradamente desde los Piri-neos al Escaut, del Sena al Rhin.

Para saber lo que fué aquel momento de sacrificio, sería preciso, en cada casucha, en cada choza miserable, ver el arranque de las mujeres, la desgarradura de las madres en aquel segundo parto más cruel cien veces que aquel en que el hijo nació de sus entrañas ensangrentadas. Precisaría ver á las ancianas con los ojos secos y el corazón desgarrado, recoger apresuradamente algunas monedas que él se llevará, las pobres economías, los sueldos ahorrados por el ayuno, lo que se robaron á sí mismas para su hijo, para aquel día de los últimos dolores. Dar sus hijos para aquella guerra que comenzaba con tan poca fortuna, inmolarles en aquella situación extrema y desesperada, era más de lo que la mayor parte podían hacer. Sucumbían á estos pensamientos ó bien por una reacción natural caían en accesos de furor. Ningún terror se siente en tal situación del espíritu: ¿qué terror existe para el que ansía la muerte?

Se nos ha referido que un día (sin duda en Agosto ó Septiembre) una bandada de aquellas mujeres furiosas encontraron á Danton en la calle y le injuriaron como hubieran injuriado á la misma guerra, reprochándole toda la Revolución, toda la sangre que sería vertida y la muerte de sus hijos, maldiciéndole, rogando á Dios que todo cayera sobre su cabeza. El no se admiró; y aunque sintió junto á sí las uñas, se volvió bruscamente, miró á las mujeres y se apiadó de ellas; Danton tenía mucho corazón. Se subió sobre un guarda cantón, y, para consolarlas, comenzó por injuriarlas en su lengua. Sus primeras palabras fueron violentas, burlescas, obscenas. Quedáronse anonadadas: el furor de él, verdadero ó simulado, desconcertó el de ellas. Aquel prodigioso orador, instintivo y calculado, tenía un temperamento sensual y fuerte, todo hecho para el amor físico, en él dominaba la carne, la sangre. Danton era ante todo y sobre todo un varón, había en él algo del león y del dogo y mucho también del toro. Su rostro asustaba, la sublime fealdad de su cara agitada prestaba á su palabra brusca una especie de aguijón salvaje. Las masas que aman la fuerza, sentían ante él ese temor y esa simpatía sin embargo, que hace experimentar todo ser poderosamente generador. Y además, debajo de aquel rostro violento, furioso, se sentía

también un corazón, se adivinaba; sin duda alguna, que aquel hombre terrible que no hablaba si no amenazando, era en el fondo un hombre honrado. Aquellas mujeres amotinadas á su alrededor sintieron confusamente todo esto; se dejaron arengar, dominar y las llevó dónde y cómo quiso. Las explicó rudamente para qué sirve la mujer, para que sirve el amor, la generación y que no se engendra para sí, si no para la patria. Y al llegar á este punto, se elevó de pronto, no habló ya para nadie, si no para sí... Todo su corazón se le salía del pecho, con palabras de una violenta ternura para Francia... Y sobre aquel rostro extraño, picado de viruelas y que se parecía á las escorias del Vesubio ó del Etna, comenzaron á caer gruesas gotas, eran lágrimas. Aquellas mujeres no pudieron contenerse; lloraron por Francia en lugar de llorar por sus hijos y sollozantes huyeron, ocultando el rostro en sus delantales.

Danton fué, preciso es decirlo, en aquel momento sublime y siniestro la voz misma de la Revolución y de Francia; en él habló el corazón enérgico, el pecho profundo, la actitud grandiosa que podía expresar su fé. No se diga que la palabra es cosa nimia en tales momentos. Palabra y hecho es todo uno. La poderosa, la enérgica afirmación que asegura los corazones, es una creación de hechos; lo que ella dice, lo produce. La acción es aquí la sierva de la palabra, vá detrás, dócilmente, como en el primer día del mundo: «*Dijo y el mundo fué.*»

La palabra de Danton, la explicaríamos si fuera este lugar oportuno, de tal manera es una acción, una cosa heroica (sublime y práctica á la vez) que se sale de toda clasificación literaria. Entonces él fué el único que no se derivaba de Rousseau. Su parentesco con Diderot es exterior; Danton era nervioso y positivo; Diderot, hinchado y vago. Repitámoslo: su palabra no fué una palabra, fué la energía de Francia que se hacía visible, un grito del corazón de la patria.

El trágico nombre de Danton, aunque manchado y desfigurado por el mismo y por los partidos, se conservará siempre en el fondo de los recuerdos queridos y de las penas de Francia. ¡Ah! ¿Cómo se arrancó ella á aquel que había formulado su fe en su día más terrible? El mismo se sentía sagrado y no quería creer en su muerte. Sabidas son sus palabras cuando se le advirtió el peligro: «A mí no se me toca, *estoy en el arca.*» Lo había estado, en efecto, el 92; y como el arca que contenía la fe de Israel, había entonces marchado delante de nosotros.

Danton no tuvo nunca más que un acusador serio, él mismo. Más tarde se verán los motivos extraños que pudieron hacerle reivindicar para sí los crímenes que no había cometido. Estos crímenes son inciertos, improbables, por más que haya dicho la liga de los realistas y de los robespierristas, unidas contra su memoria. Lo seguro es que tuvo la iniciativa de muchas de las grandes y prudentes medidas que salvaron á Francia, y no lo es menos que tuvo con su amigo, el gran escritor de la época, el pobre Camilo, la iniciativa de las reclamaciones de la huma-

nidad. El 28 de Agosto, por la noche, Danton se presentó en la Asamblea y reclamó la grande é indispensable medida de las visitas domiciliarias. En un peligro tan extremo, cuando un ejército realista, no puede decirse de otro modo está en peligro, dijo muy bien Danton, todo pertenece á la patria. Y añadía: «Autorizando á los municipios á que tomen lo que es necesario, nos comprometeremos á indemnizar á los poseedores.»

«Cada municipio, dijo en la Asamblea, será autorizado á tomar los mejores hombres bien equipados que tenga.» Y al mismo tiempo propuso á la Comuna que alistara á los ciudadanos necesitados que pudiesen llevar las armas y les fijara un sueldo. Había una ventaja indudable, y en dos sentidos, en dar cuadros militares á esas masas confusas, de las cuales una parte yéndose al ejército hubiera aligerado París.

El 29 á las cuatro de la tarde, en un hermoso día de Agosto, se tocó á generala y se advirtió á todo el mundo que á las seis en punto debía encerrarse en su casa, y París, que un instante antes estaba tan animado y popular, se quedó en un momento desierto. Todas las tiendas y todas las puertas cerradas. Las barreras y el río estaban custodiadas. Las visitas no comenzaron hasta la una de la mañana. Todas las calles fueron ocupadas por fuertes patrullas, cada una de sesenta hombres; los comisarios de secciones subían á las casas y llamaban en los pisos. «En nombre de la ley.» Estas voces, los golpes en las puertas, el ruido de las de los ausentes que se abrían á viva fuerza, resonaban en la noche de un modo que causaba espanto. Se recogieron dos mil fusiles, fueron detenidas cerca de tres mil personas, que generalmente fueron dejadas en libertad al siguiente día. Se obtuvo el efecto buscado y deseado: los realistas temblaron. Nada lo prueba mejor que la narración de uno de los suyos, Peltier, escritor embustero y muy mediano, pero en esto sincero, elocuente y admirable de verdad y de miedo. Todos los otros historiadores le han copiado fielmente.

Por lo demás, esta visita no hizo más que regularizar por la autoridad pública lo que el pueblo hacía por sí mismo, irregularmente. Por las voces que corrían de que en ciertas casas había depósitos de armas, la multitud las había invadido; así ocurrió particularmente en la casa y en los jardines de Beaumarchais, en la puerta de San Antonio. El pueblo las hizo abrir, lo examinó todo cuidadosamente, sin tocar ni tomar nada; el mismo Beaumarchais lo refiere; solo una mujer se atrevió á coger una flor y la multitud quiso arrojarla al pilón del jardín.

Superfluo es decir que esta terrible medida de las visitas domiciliarias fué muy mal ejecutada. Confiada la operación á manos torpes é ignorantes, fué una obra de la casualidad, prodigiosamente arbitraria, varió infinitamente en sus resultados. Varios comisarios creyeron que debían detener á todos aquellos que habían firmado la petición realista contra el 20 de Junio. Los firmantes eran veinte mil. La Comuna se apresuró á declarar que era preciso dejarles en libertad, que bastaba con desarmarles.